

Carta de Nicolás Salmerón al semanario «El Mosaico»

«Sr. Director del MOSAICO.

Mi querido amigo: Voy a comunicaros un pensamiento de la filosofía alemana: una elucubración que delirio, pero delirio sublime, prueba la grandeza del genio que la concibe, eleva la razón a la suma potencia del ser, la idea a la región del infinito —única existencia real—, el pensamiento a la encarnación formal con que se revela en el tiempo y en el espacio, el espíritu al polo de lo absoluto donde, como en la atmósfera suprema de la ciencia, ora un raudal de ambiente le fascina, ora una borrasca le sofoca, pero no queda en la vacilación y perplejidad de encontrados huracanes, cuyo polvo **material** detiene nuestra carrera y nos retiene en un quietismo escéptico o nos agita en un eclecticismo vacilante y cobarde que, como dice un célebre escritor, ha venido a bautizarse con un nombre griego para darse trazas de filosófico y trascendental. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Tal es la primera aspiración a la verdad del creyente y del filósofo. Aquél salva en la fe la intuición o la revelación de su destino; éste lo investiga, esmaltando su razón con la aureola de la ciencia, diadema del espíritu que ciñe la frente del poeta.

Voy a formular el pensamiento: no sé si llenaré sus creencias y satisfaré sus aspiraciones filosóficas; acaso el antagonismo que trabaja a la humanidad se manifieste en mis ideas. No responderé a Vd. de su verdad porque es el gran problema de la ciencia; sirva hoy a nuestros lectores, si no de enseñanza, de satírico logogrifo que desarme a tirios y troyanos, y vean en su eternal combate el genio de la humanidad, que a batallas de Dioses en los aires, con que los Indios divinizaban su poesía, ha sabido sustituir ideas vagorosas (**sic**) (1) que sólo pueden vivir en regiones inconcebibles y que parecen convencernos de la falsedad de esta cárcel deleznable, pero seductora.

La humanidad vive el tiempo de la idea que, eterna, no se cuenta, y atraviesa la existencia en el espacio —forma aparente como el tiempo— de la inmensidad y del infinito. Lo objetivo no existe, sino por cuanto el sujeto le da existencia, y co-

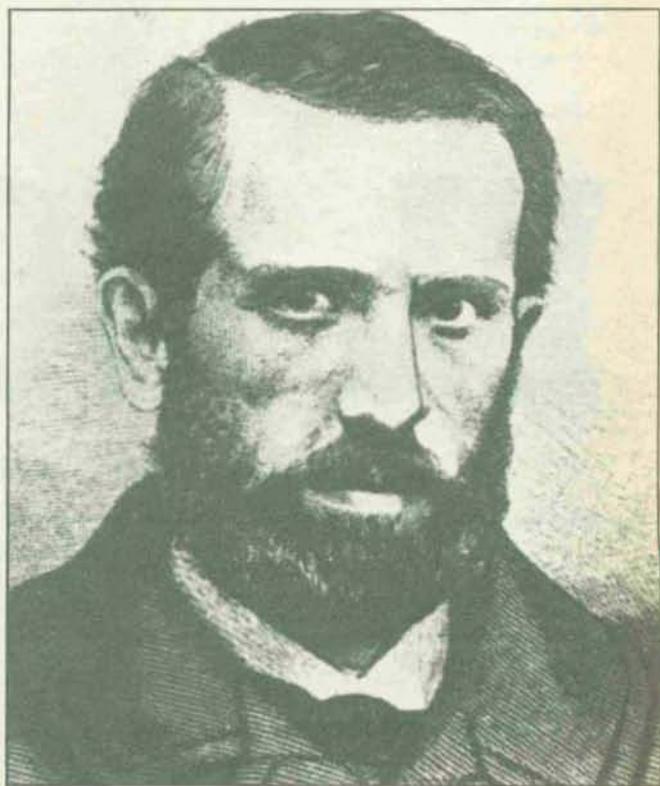
(1) Debe ser **vigorosas**. Advertimos que hemos corregido, adaptándola, tanto la puntuación como la acentuación y, en ciertos momentos, la redacción.

mo el hombre ha sido en espíritu antes de venir al mundo, a pesar (de) que no tenga conciencia de ello, porque la que hoy tenemos es objetiva, ecléctica y limitada, de ahí porque consideramos la materia como nuestros padres, y nos adherimos a la tradición porque hemos vivido con ellos en el espíritu del ser; de ahí también nuestras ideas a priori que, absolutas, rigen nuestro desarrollo y son la base de la ciencia. Y no puede ser de otra manera para que el alma sea inmortal, porque lo que vive en el espacio, muere en el tiempo.

Es, pues, el hombre una forma de la idea providencial obrante en la humanidad, y está en ésta como la hoja en el árbol que renace y muere en el flujo y reflujo de las leyes del progreso, que es la armonía de la idea, que tiene una existencia real (pues que sólo **es** lo que es eterno) con la naturaleza, que es el mediador plástico de lo absoluto, pues que toda idea tiene sus condiciones necesarias de viabilidad.

Cuando el medio deje de existir, cuando la libertad se convierta en justicia, cuando el progreso, esencialmente ecléctico, venga a ser perfección con el renacimiento del espíritu, cuando la armonía sea la utridad, cuando la conciencia sea la razón absoluta, reinará el gran contentamiento del espíritu en la idea.

Prosigamos un pensamiento pendiente. Hemos vivido en el espíritu con nuestros padres, pues que tenemos existencia anterior a nuestra conciencia y, si el alma es inmortal porque **es** des-



Cuando escribió la carta a «El Mosaico» que reproducimos en estas páginas, Nicolás Salmerón —en el grabado— contaba sólo diecinueve años de edad y aún le faltaban seis para conseguir su cátedra de Historia en la Universidad de Oviedo. Sin embargo, la profundidad de su pensamiento ya resultaba evidente.

pués de las variedades que en ella existen y que no alcanzan a destruirla, resultará que nuestro es una forma aun respecto al cuerpo, porque es una parte del espíritu absoluto, universal, y que el cuerpo, como materia, no tiene nada de formal, sino de eterno.

Y esto parece ser una verdad disfrazada porque Orígenes, filósofo católico que quiere ir más allá de la tumba a resucitarnos, como el Evangelio con nueva forma, nos dice: «Que resucitemos en nuestros cuerpos, no como hoy, sino cristalinos, purpurinos, transparentes, y sentiremos por todo el cuerpo, como ahora por la punta de los nervios»; de modo que el cadavérico valle de Josaphat será el teatro de la sensación suma y total. Sentiremos de una vez todas las impresiones de la vida y ante el careo universal aparecerán (de) nuevo Adán y Eva, ruborizados del pecado y desnudez, que Dios cubrirá con la expiación.

Pero, y entretanto, ¿tendremos un premio o pena preventiva, semejante a la que los tribunales humanos imponen por sospechas de delitos? ¿No será más cierto que el fallo será consecutivo, definitivo, infalible, y entonces lo que sólo habrá, será el ser recreándose en el fruto de la creación y la humanidad dando cuenta como una sola individualidad del progreso de los siglos?... Mas, ¿no será el progreso una de tantas utopías? Si el progreso es la ley providencial, la ley providencial, como eterna, absoluta, infinita, no puede ser más ni menos perfecta, y la humanidad siempre será lo mismo: lo que llamamos

desarrollo no es otra cosa que una nueva faz de la misma idea; de donde, como dice Vico, nos agitamos en círculos concéntricos (2).

Demos otro paso (3). Lo temporal es parte de lo eterno. Así, nosotros somos, en cuerpo, parte de nuestra eternidad, como nuestros espíritus lo son del absoluto. En último término, el universo formará una cadena, que para hacerla incommensurable, la representa la filosofía en el círculo egipcio o en el seno de Brahma.

El mundo ha equivocado el valor filosófico de las palabras y, así como real e ideal tienen un sentido vulgar antitético, así concreto y abstracto en su relación con lo absoluto tienen una aceptación tergiversada. Lo concreto debe llamarse abstracto porque no presenta más que una faz de lo absoluto; y lo abstracto que constituye la ciencia, esto es la existencia considerada **a priori**, especulativamente, es el verdadero concreto porque abraza la totalidad del ser.

El pensamiento será oscuro, pero es trascendental; de aquí se infiere que siendo la vida **abstracta** no tiene realidad, ha de concretarla, ha de darle existencia el pensamiento: el fluido ideal es la verdadera vida, y el fluido vital es sólo una faz de aquél. ¿Qué me diría, si dijese yo a Vd. que cultiva la medicina y es a la vez dado a elucubra-

(2) Los errores de la filosofía alemana consisten principalmente en prescindir del medio. (N. del A.).

(3) Aquí comienza la segunda parte de la carta, según la división del propio periódico («El Mosaico», n.º, de 30 de agosto).

EL MOSAICO

PERIÓDICO LITERARIO Y CIENTÍFICO.

AÑO I.

SE PUBLICA
todos los domingos. — En
Baza, 5 rs. al mes, fuera,
12 el trimestre.

Baza

23 de Agosto de 1857.

SE SUSCRIBE

en la imprenta de D. Antonio
Alvarez, calle del Agua
número 44.

N.º 7.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA
AGRICULTURA DE NUESTRO PAIS.

será por falta de labradores inteligentes, de propietarios ilustrados, de capitales disponibles y de todo linaje de recursos. Es la incuria que nos consume, el marasmo que nos abila. Es falta de vo-

ciones: no cure por afecciones orgánicas, sino por concepciones ideales; fortifique el pensamiento que él dará vida al lánguido cerebro?... Nada, amigo mío, el **no yo** moriría y el **yo**, desencadenado de la necesidad, se tornaría absoluto e indeterminado, como en su genuina existencia. No tendría muchos sectarios mi **espiritualizada** medicina. Como cada **yo** objeto, **no yo** para el **yo** sujeto, no existe, sino en cuanto este le conoce, resulta que la vida de la humanidad es la reciprocidad del sujeto y del objeto, obrada por el conocimiento.

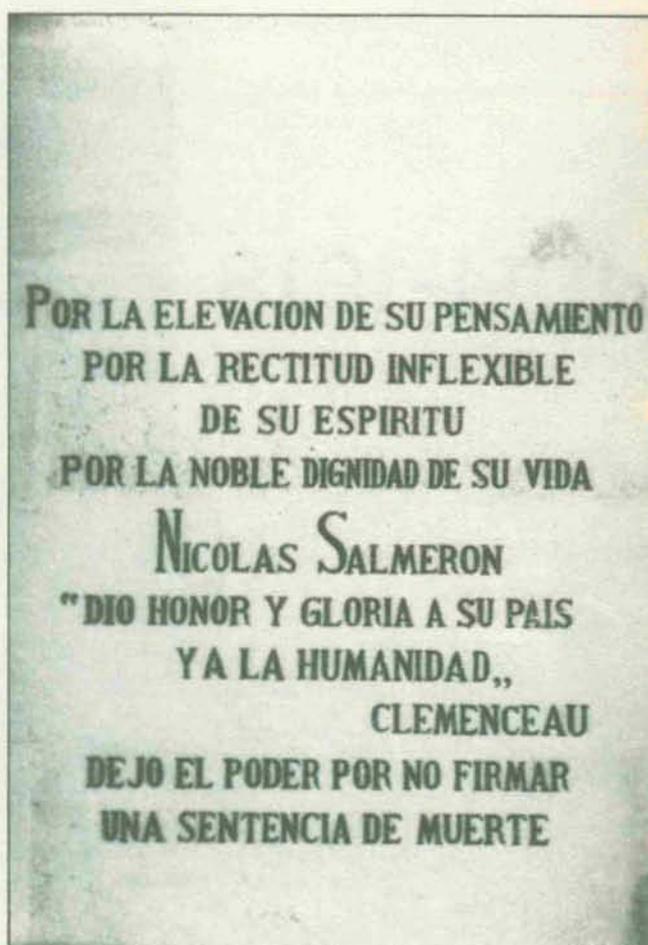
La ciencia y la existencia son una misma cosa; el conocimiento supone una cosa conocida que existe y un ser inteligente que existe también: el acto de conocer, que prueba esa doble existencia, es el que la realiza.

Pero la verdad está en la armonía del sujeto y del objeto, como lo absoluto es la absoluta identidad de lo subjetivo y objetivo. Las leyes eternas existen en nosotros como leyes de conciencia, y en el mundo se hallan como leyes de naturaleza. Va un filósofo por este doble camino a adquirir la ciencia y sólo alcanza exponer la parte antitética de su sistema (4).

El hombre es capaz de poseer lo que concibe. Nosotros nacimos para la eternidad. Pero, ¿qué parte nos cabe en ella? ¿Cómo seremos en el infinito? ¿Qué sabremos, qué poseeremos? ¿Volveremos como al seno de Brahma; nos confundiremos en el triunfo de Ormuzd, nacidos del **huevo** candente y creador; concluirá nuestro espíritu con el átomo de yema; nos observará el **Píromis** universal; se apagará el **fuego** de la vida al respirar la sensación; volveremos a ser en el espíritu absoluto o iremos a gozar del **consorcio de la encarnación**?

Tal es el problema. Desde Job a Prometheo, de Prometheo a Fausto, el problema está en plan de solución. ¿Viviremos como existencias inferiores en la inmensidad, como satélites que giran alrededor de su planeta? ¿Seremos en proporción a lo que hoy somos? ¿Llenarán todos los espíritus una misma aspiración, o sólo la que tuvieron en esta vida? ¿Comprenderemos la providencia? ¿Obraremos conociendo, viendo y adorando, como aquí, pensando y creyendo, o viviremos en la inacción y absorción en Dios de nuestras facultades y aspiraciones? ¿Desaparecerá la lucha del bien y del mal, que aquí crea la vida, con la vida el progreso, con el progreso la aspiración de la ciencia, con la aspiración la perfección gradual; puesto que el mal no puede ser absoluto, por qué dos ideas absolutas y contrarias se limi-

(4) Schelling (N. del A.).



Tumba de Nicolás Salmerón en el Cementerio Civil de Madrid. Sobre la lápida que cubre sus restos, una inscripción hace referencia a «la elevación de su pensamiento» y deja constancia de que Salmerón abandonó el poder «por no firmar una sentencia de muerte».

tan?... (5). No tendremos libertad porque ya habremos obrado, tendremos paz entera; no tendremos ciencia, conoceremos la Providencia.

Pero, ¿dónde está la separación del destino humano, el hombre obrando por sí, mereciendo por sí, gozando por sí, sino en el Evangelio? ¿Dónde revistiendo su aspiración a Dios, sin perder su individualidad, sino en el Evangelio? El amor resuelve este gran problema: el hijo que encarna la creación es la redención armónica de la creación y del destino.

Voy a concluir, que mi carta impertinente habrá mareado su cabeza, como desbaratado mi pluma.

En fin: el yo y el no yo, lo abstracto y lo concreto, lo uno y lo múltiple, lo ideal y lo formal, son el jeroglífico de la ciencia, cuya solución dará el vacío que la muerte deja.

Madrid, 30 de julio de 1857.—Nicolás Salmerón y Alonso.»

(5) «El verdadero genio, aun separado por mucho tiempo del pensamiento del cielo, vuelve siempre a él, como al fin inevitable de toda ciencia y de toda actividad» (Goethe). (N. del A.).